



El Monumento a Los Sitios de Zaragoza

Wifredo Rincón García

Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

Fotografías: José Antonio Duce

Obra de Agustín Querol, fue inaugurado por Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia el 28 de octubre de 1908

AUNQUE poco después de capitular la ciudad de Zaragoza ante las tropas francesas, se promulgaba el día 9 de marzo del mismo año 1809 en Sevilla un Real Decreto de la Junta Central Suprema por el que se ordenaba “Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpetua del valor de sus habitantes, y de su gloriosa defensa”, la erección del Monumento a los Sitios de Zaragoza –que contó con otros numerosos intentos– se dilató casi un siglo y no fue una realidad hasta el año 1908 con motivo de la celebración del I Centenario de los Sitios de Zaragoza y de la Exposición Hispano-Francesa. Entonces, en la urbanizada Huerta de Santa Engracia, que acogió a los numerosos edificios que integraban las Exposición, y en el centro de la nueva plaza que en la actualidad recibe el nombre de “Plaza de los Sitios”, fue erigido un impresionante monumento que debía servir para recordar a los zaragozanos y a sus visitantes, en bronce y en piedra, la heroica gesta de sus habitantes.



Monumento a Los Sitios de Zaragoza.
Plaza de Los Sitios
1908. Agustín Querol

Aproximándose la celebración del I Centenario de los Sitios de Zaragoza en 1908-1909, y cuando ya numerosas voces se habían alzado recordando la efeméride y la necesidad de conmemorarla de una forma digna y permanente, entre ellas las del canónigo don Florencio Jardiel en la Real Sociedad Económica de Amigos del País en abril de 1902, su consecución se veía más próxima. Será ya en los primeros días de mayo de 1906 cuando el Gobierno acordó convocar un concurso nacional de proyectos para el monumento zaragozano que debía ubicarse, por acuerdo de la Junta Magna del Centenario, en la plaza central de la remodelada Huerta de Santa Engracia. Sin embargo, recordando la Comisión de Obras del Centenario la generosidad que el escultor Agustín Querol tuvo para la ciudad de Zaragoza con motivo de la construcción del monumento a los

Mártires de la Religión y de la Patria, erigido pocos años antes en la entonces denominada Plaza de San Francisco –en la actualidad Plaza de España– se acordó proponer al Gobierno que le fuera encargado el monumento a este escultor, que entonces gozaba de enorme prestigio. Aceptada la propuesta por el Gobierno, el Ayuntamiento de Zaragoza y el escultor, por Real Orden de 11 de julio de 1907 se autorizaba a invertir en el proyecto la cantidad de 150.000 pesetas además de poner a disposición del escultor la cantidad de bronce necesaria para su fundición, que le sería proporcionado por el Ministerio de la Guerra.

En los primeros días del mes de agosto del mismo año 1907 llegaba Querol a Zaragoza con tres proyectos distintos, al óleo, que fueron expuestos en el salón de recepciones de la Casa Consistorial, eligién-

dose el segundo de los proyectos, rematado por una matrona que representaba a Zaragoza, aunque el escultor decidió hacer en él algunas modificaciones, dándole más altura e incluyendo también algunos detalles de los otros proyectos que habían llamado la atención de los numerosos zaragozanos que habían ido hasta el Consistorio para verlos.

La primera piedra del nuevo monumento, bendecida por el arzobispo de Zaragoza don Juan de Soldevilla y Romero el día anterior, en la catedral de El Salvador, fue colocada bajo una fuerte lluvia por el Alcalde de Zaragoza don Antonio Fleta Manjón en la tarde del día 22 de marzo de 1908.

El trabajo del modelado de las distintas partes que integran el monumento fue realizado por el escultor Querol en su taller madrileño de la calle del Cisne, en el que recibió la visita del Rey Alfonso XIII el día 9 de julio, cuando ya la obra estaba muy avanzada, recomendándole el monarca al artista, como antes lo había hecho en el mes

La alegoría de Zaragoza remata, en lo alto, este canto épico en piedra y bronce

de marzo en una entrevista que le había concedido, “que pusiera toda su alma de artista en el grandioso monumento que ha de perpetuar su memoria ante el mundo...”, siendo esta obra “la mejor que pueda hacerse para conmemorar el recuerdo de los admirables patriotas que a la inmortal Zaragoza defendieron con tanta fe como bravura”.

Concluida la talla de la piedra y fundidos en bronce los grupos escultóricos que también lo integran, el monumento era inaugurado el día 28 de octubre de 1908, estando presentes en la solemne ceremonia los monarcas don Alfonso XIII y doña Victoria y el Presidente del Gobierno don Antonio Maura, junto con las primeras autoridades de Zaragoza y de Aragón. En este mismo acto, fue explicado el contenido de su obra, del que por su interés transcribimos algunos párrafos: “Por la cara anterior del monumento destaca un magnífico altorrelieve dedicado a representar la escena en que se inmortalizó Agustina de Aragón. La célebre heroína aparece en la batería del Portillo... Agustina a la cual siguen en segundo término arrojados baturros y algún artillero, cuyos rostros reflejan la emoción suprema de aquella hora trágica, ha arrancado de manos del cadáver del último defensor del Portillo el botafuegos y aplicándolo al cañón bajo cuyas ruedas hay un cuerpo inerte, arroja lluvia de metralla contra los asistentes, deteniéndoles en su avance... En el fondo, coronando esta escena, se ve la Torre Nueva que tan principal papel jugó en la epopeya y la figura, también esfumada, del general Palafox, seguido y aclamado por el pueblo. Al otro lado del fuste hay un altorrelieve de soberana intensidad y belleza. Siete mujeres, ebrias de amor patriótico, arrastran, veloces, una pieza de artillería. Son la célebre condesa de Bureta, su servidumbre y sus vecinas, que, al enterarse del peligro inminente que corre un grupo de esforzados defensores,

acuden presurosas en su auxilio. En el fondo, veladamente, aparece la Virgen del Pilar, como protegiendo aquel movimiento audaz de las bravas matronas... Sobre uno de los laterales se representa otra de las escenas más gloriosas de tan memorables jornadas... Los franceses cañonean las puertas de los conventos de San Lázaro y Santa Isabel. A cada descarga las puertas caen, pero detrás hay un grupo de baturros que las ponen en pie... En consonancia con esta nota, se ve a la derecha del fuste, descendiendo por la escalinata, un grupo de cinco o seis figuras que representan secuelas de la guerra: la desesperación, el dolor, el hambre, la ruina... Por último, la estatua de Zaragoza remata, en lo alto, este canto épico en piedra y bronce. Una mano la extiende sobre la ciudad en actitud amparadora y a sus pies, en el capitel, se ve el cadáver de un baturro rodeado de laurel, cardo y pasionarias, símbolos de gloria, de patriotismo y de fe...”.

La piedra y el bronce se aúnan en este monumento, de una manera admirable, para perpetuar uno de los acontecimientos más importantes de la moderna historia de España: los Sitios de Zaragoza. Durante varios meses y a lo largo de dos cruentos sitios de las tropas napoleónicas, los zaragozanos supieron defender heroicamente su ciudad, inmortalizándose sus nombres en la memoria de esta tierra y de sus gentes.

Este monumento de la Plaza de los Sitios, sin lugar a dudas el más importante de todos los monumentos conmemorativos que se levantan en la capital aragonesa, puede considerarse también como uno de los más representativos de la abundante producción de su artífice, el escultor catalán Agustín Querol, quien fallecería al año siguiente de su conclusión.



Detalles escultóricos del Monumento a Los Sitios de Zaragoza. 1908. Agustín Querol